

AGRICULTURA EN VASCONIA

Este volumen sobre agricultura está estrechamente relacionado con uno anterior dedicado a la ganadería ya que han sido actividades interconectadas en la sociedad tradicional.

En este tomo se recogen los saberes que las gentes del campo han tenido sobre la tierra, las semillas, los cultivos y sus cuidados y las formas de aprovechar y conservar las cosechas, en definitiva, de cómo producir comida. Y todo ello en un intento por evitar que estos conocimientos se pierdan definitivamente. Estos datos se recogen en los capítulos centrales, del tercero al undécimo.

El resultado de estos trabajos agrícolas ha supuesto la humanización de los paisajes naturales, transformándolos en paisajes agrarios, con diferentes distribuciones de las tierras de cultivo tal y como puede verse en los dos capítulos iniciales de la obra.

Pero nuestra mirada etnográfica de la agricultura tradicional nos descubre un modo de vida más que una actividad económica con todo lo que eso implica, ya que vincula la casa de labranza, tratada en otro tomo, con su tierra y sus montes; y una familia extensa, tema también abordado en un volumen anterior, con un vecindario donde era necesaria la ayuda mutua.

Donde además el esfuerzo humano se prolongaba gracias a la fuerza animal, como podemos ver en los capítulos XIV y XV. Y donde el aprovechamiento de los recursos llevaba a la fabricación casera o al menos cercana de los aperos y las herramientas (de esto tratan los capítulos XII y XIII).

Una agricultura familiar que basaba su estrategia de supervivencia en el autoabastecimiento, llegando incluso a producir las fibras con las que tejer parte de la ropa tal y como puede verse en el capítulo octavo dedicado sobre todo al lino.

Esta sociedad tradicional destinaba sus excedentes al comercio, fue capaz de buscar diferentes soluciones al uso de la tierra, tanto comunal como privada, y además en la misma jugaban un papel importante determinados ritos y aspectos creenciales, datos que se recogen en los capítulos finales (XVII a XIX).

En definitiva, un mundo rural en el que el aprovechamiento de los recursos propios llegaba al máximo y donde prácticamente nada recibía el calificativo de desperdicio. Con los animales como parte integrante del grupo doméstico, cuya fuerza de trabajo permitía aliviar la dureza de las tareas y con cuyo estiércol se mantenía la fertilidad de una tierra que les daba de comer a ellos y a sus dueños, cerrando así el ciclo productivo.

Además a lo largo del tomo constatamos las transformaciones que se han operado en la agricultura y que quedan reflejadas de un modo evidente en la

introducción de maquinaria cada vez más compleja y de mayor potencia (tema tratado principalmente en el capítulo XVI).

Pero obviamente estas transformaciones van más allá, ya que afectan a la relación con la tierra, a las relaciones vecinales, a las formas de producción, a una creciente especialización, y a una sensación generalizada de pérdida de control sobre la propia actividad en un mundo cada vez más complejo y burocratizado. En definitiva el paso de un modo de vida a una actividad económica regida por intereses comerciales.

No olvidemos que en pocas décadas hemos pasado de un modo local de ver el mundo, lo que conllevaba un profundo conocimiento del medio, a un espacio mucho más amplio y desconcertante que tiene una dimensión global.

En total 19 capítulos más otro introductorio en el que se exponen unas consideraciones generales fruto de las reflexiones llevadas a cabo durante el proceso de elaboración del trabajo. Con un millar largo de páginas y algo más de 400 ilustraciones aportadas en su mayoría por los investigadores de campo.

Decir para finalizar que no se trata de una recopilación definitiva, la realidad es mucho más compleja de lo que hemos podido reflejar en estas páginas. De hecho, muchos aspectos están solo apuntados por lo que se prestan a posteriores investigaciones.

Luis Manuel Peña